



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1315

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tras meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIRCOLES 2 DE AGOSTO DE 1905

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras á fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## SORPRENAS

### de los Eclipses solares

II

Decíamos en nuestro anterior artículo que, respecto de los habitantes de un mismo lugar de la tierra, los eclipses de sol son rarísimos, y con esto podrá creer alguno que está ya demás el añadir si su aparición debe ó no ser para los tales una verdadera sorpresa. Pero, si bien se mira, rareza y sorpresa dicen dos cosas, que si á menudo andan juntas no deben por eso confundirse y aún pueden muy bien separarse. Sólo una vez al año pasa el sol por entre los cuernos de Taure, y es cosa que á nadie sorprende. No sino al cabo de cuatro años viene un bisesto, ¿y á quién le choca? El vulgo español dice, con mucha filosofía, pero sin ninguna sorpresa, que «cada veinte años da gusto Dios á todo el mundo». Y así pudieran irse añadiendo ejemplos de mayores y mayores plazos. No: lo que produce la sorpresa, lo que al sobrevenir nos deja más ó menos suspensos, no es precisamente lo raro, es lo inesperado. ¿Tienen algo de esto los eclipses, y en particular los eclipses de sol?

Lo tienen, y mucho, aun hoy mismo, para tres clases de personas, que juntas componen casi todo el género humano; pero bajo tres puntos de vista respectivos muy diferentes, y bajo alguno de ellos la sorpresa rara vez deja de hacerse extensiva aun á los mismos astrónomos más avisados y expertos.

Y en primer lugar es indudable que en el mundo hay todavía muchísimas gentes para las cuales todo eclipse de sol sobreviene absolutamente cuando menos se piensa: á éstas no hay para qué decir que fenómeno tan señalado no puede menos de hacerseles muy sorprendente bajo todos conceptos.

Pero si á la sencilla ignorancia del porqué de estas cosas, muy compatible en muchos con la influencia civilizadora del Evangelio, se junta en otros la degradación intelectual y religiosa del gentilismo, se explica muy bien que la sorpresa degenera en indudable sobresalto y se traduzca en expresiones y actitudes á cual más delirantes. Note-se que difícilmente se hallara una sola de esas supersticiosas creencias de todas las naciones idólatras, en la que de una manera ó de otra, como fundamental ó como accesorio, no entre por mucho, al menos en el concepto y práctica corriente de la clase vulgar, la deificación y el culto del sol. Pues pongamos ahora delante cualquiera de estas tribus ó pueblos más ó menos salvajes, que, llena la imaginación de monstruosas imágenes y la memoria de fantásticos cuentos acerca de ese astro sublime, á quien tiene, ó por su único dios ó por el dios principal, ó, entre otros iguales, por el único bueno ó el más bienhechor, en pleno día de Agosto, á la hora menos pensada, en medio de un cielo purísimo, por modo tan absolutamente escondido á su entender como á sus miradas, comienza á advertir que el rostro, nunca antes ceñudo, de ese rey soberano del universo se arruga, se tuerce, se retira; que una mordedura extraña, decentando su terso y bien orlado perfil, cunde visiblemente por toda la radiosa figura, menoscabándola por momentos hasta reducirla á un filete de luz corvo y tenuísimo, que también amenaza desaparecer al instante; mientras en torno la naturaleza, envuelta toda en fúnebre y desaliñado cendal, alumbrada por la mezquina y temblorosa luz de algunas pocas estrellas lánguidas, pálido y amoratado el semblante, y conteniendo muda hasta el aliento entre escalofríos de pismo siniestro y congojas de verdadera agonía, parece disponerse aplan-

da á sucumbir en próxima y definitiva catastrofe. Si para colmo de espanto precede en sus ánimos por ventura á todo esto la inquietud de algún grave y general remordimiento á la influencia, prevista ó temida, de algún otro suceso público ó lamentable, ¿es mucho que, mientras unos con piedras, con flechas, con repetidos disparos de fusilería, con ensordecedores aullidos y toda suerte de estrepitosos instrumentos, se esfuerzan por ahuyentar á no sé qué dragón invisible y aciago, otros suspendan en lo más reñido de la lucha sus comenzadas batallas, abandonen, cedan u olviden por el momento sus bienes y haciendas, ó, desconcertados y ciegos, se lancen sin tino á las embarcaciones, á las mismas aguas del mar ó de los ríos, á las cavernas ó á los bosques, á donde quiera que veredas ocultas ó voces amigas ó señales de luz en el horizonte les inspiren el mas leve aunque disparatado ensueño de evasión ó de refugio?

Sorpresas de este género no serán hoy, por cierto, muy frecuentes en pueblos como nuestra España, donde, como estamos viendo por experiencia, para cuando llega el eclipse, ya desde muy atras viene siendo el objeto preferente de las conversaciones de todos; donde todos saben de sobra y esperan con avidez el día de tan señalado acontecimiento, y si ignoran á punto fijo la hora y el instante preciso de su llegada y demas principales vicisitudes, saben al menos y tienen por cierto que también esto lo saben mucho. Pero, si no de este género, muy bien las puede haber de algún otro y no será ocioso el prevenir aquí algo contra ellas á nuestros lectores.

Lo que sorprende á muchos entre nosotros, no es ya precisamente el que estas cosas sobrevengan cuando menos se piensa: es el que siempre hayan de sobrevenir tan

á punto como se piensa, es decir, como anda por ahí calculado y predicho tan de antemano. Estos tienen muy melida alla dentro no sé que prevención instintiva contra los astrónomos.

Saben muy bien que los movimientos del sol y de la luna obedecen á leyes fijas ya conocidas á fuerza de observacion y de análisis; que, por lo mismo, están sujetos á calculo, y que este calculo no es ya tan solo una formula abstracta, sino que tiene base en datos concretos, y en su ulterior desarrollo nada ofrece lampoco de impracticable; más aún: están cansados de ver u oír lo bien que se ha ido verificando repetidas veces hasta el presente; pero, con todo, picados un poco de la imposibilidad en que se hallan de hacer por sí mismos predicciones semejantes y hasta de estimar en su justo valor el fundamento de tales calculos, y haciendo más hincapié en lo muy eventual de la serie aquella de coincidencias antes dicha, que en la competencia y bien probada autoridad de los que con tanto aplomo y lujo de pormenores se lo dan todo por arreglado y resuelto, callan, quizás por el bien parecer; pero no dejan de mostrar bien á las claras que no acaban de persuadirse del todo que en tanto alarde de exactitud no haya por lo menos algo de fantasía. Desde luego que ni en el hecho en sí mismo ven cosa de milagro, ni en su anuncio vislumbres de profecía; hasta pasan sin dificultad por lo de alinear con el día justo, y aun, si se quiere, con la hora; pero en eso del minuto y más alla, ya no las tienen todas consigo; apostarían cualquiera cosa á que los astrónomos esta vez no se salen con ella, como tantas otras; y, cierto, cuando llega el momento anunciado, y lo mismo ellos que los otros más crédulos tienen ya sus vidrios ahumados ante los ojos dirigidos al disco del sol, darian algo de buena gana

porque aquello tardase más de lo que se cree, y ¡quién sabe si se darian buenos aires de triunfo, caso de que fallase del todo!

¡Tenios así tienen de bueno que son enteramente inofensivos, y aun contribuyen no poco á realzar y coronar el mérito ó la confianza de los demás con la gloria del éxito, que por trivial caería muy luego en desprestigio si ninguno la pusiese en balanzas. Bueno es, sin embargo, asegurarles que el deponer toda sospecha y recelo en este punto no les acarreará ningún chasco desagradable.

Por medio de tablas apropiadas tienen ya los astrónomos tan bien cogidas las vueltas á todos estos movimientos celestes, que en lo que anuncian de cierto, lo mismo sobre sus futuros que sobre sus pasados encuentros, no temen aventurarse lo más mínimo, como no sea por verdadero milagro ó por un impensado cataclismo que, ordenándolo Dios, venga de algún otro agente exterior sobre el actual sistema del mundo. Ya desde mucho antes de Jesucristo se había caído en la cuenta de que al cabo de seis mil quinientos ochenta y cinco días, ó sean diez y ocho años y once días, el sol y la luna vuelven siempre á encontrarse en las mismas posiciones, así respecto de la tierra como de sus propios caminos aparentes, á contar desde el punto en que éstos vienen á cruzarse en el cielo: de modo que si tal día como hoy se encuentran ambos á la vez delante de la tierra y en dicho punto ó en sus cercanías, y así la luna pasa á nuestra vista justamente por delante del sol, dentro de diez y ocho años y once días es seguro que vendrá á suceder lo mismo, sino precisamente á nuestra vista, por lo menos á vista de algún otro punto de la tierra.

Aun pudo precisarse algo más el intervalo, notándose que era de diez y ocho años, once días y unas siete horas próximamente. Segun



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1174

LOS BANDIDOS DE ORGURES 1173

y que su silencio solo debía atribuirse á la natural turbación que le habían causado las circunstancias de su arresto. Vasseur le impuso silencio.

—Jugais con cartas dobles y es un juego muy peligroso, Bascant,—le dijo con voz sorda y amedazadora,—pero tened cuidado, porque al primer asomo de traición os levanto la tapa de los sesos.

masiado orgullosos para no aborrecerse mutuamente; por más que Bautista adule al Meg y le pase la mano por el lomo; pero se necesitan uno á otro. Bautista cura los heridos y es de gran precio para aconsejar; por eso el Meg le oye de buen grado, aunque le trata mal á veces.

—¿Y creéis que Bautista el cirujano puede ejercer bastante influencia sobre el Guapo Francisco para disuadirle de su proyecto contra el castillo de Mereville?

—Tal vez no, ciudadano, porque el Meg es testarudo. Pero, á decir verdad, hay otra circunstancia que pudiera haberle decidido á cambiar sus planes y aun á abandonar la Muette.

—¿Cuál?

—No me he acordado de advertiros que era preciso arrestar al franco de Mereville, que me habrá reconocido esta tarde cuando llegamos á la plaza del pueblo y tal vez habrá dado la voz de alarma á la gente de la banda.

—¡Jufame traidor! —exclamó Vasseur enfurecido,—ahora me acuerdo de haber oído su voz entre la multitud, y vos debisteis oírlo lo mismo.

El Tuerto juró una y mil veces que nada había oído

II

Habo un momento de silencio.

Pero Vasseur que ardía en deseos de entrar en acción para dar caza á los bandidos, exclamó con energía:

—¡Sí, sí, á caballo y adelante! basta de precauciones; si esos pícaros no han buido, ya no pueden esca-